

La balsa de piedra

Revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea



La balsa de piedra, n.º 3, abril-junio 2013, p. 2.

ISSN: 2255-047X

"¿Sucesión o secesión?. Mitos y perversidades del nacionalismo catalán"

"Succession or secession? Myths and perversities of catalan nationalism"

[Josep María Viola Garriga](#)

(Euro-Mediterranean University Institute -Malta, Marruecos, España-; Universidad de Lérida / Universitat de Lleida -España-; josepmaria.violagarriga@gmail.com)

Resumen: Las sociedades democráticas secularizadas contemporáneas desarrollan, por paradójico que parezca, nuevos cultos cuasirreligiosos basados en el nacionalismo étnico. Estudiamos el caso del nacionalismo catalán y su impacto en las posibles reestructuraciones territoriales de España.

Palabras Clave: Cataluña, España, nacionalismo étnico, racismo, lengua, territorio.

Abstract: Contemporary Democratic societies with secularized forms of living, paradoxically, develop new semi-religious cults based on ethnic nationalism. We study the case of Catalan nationalism and its impact on the possible territorial restructuring of Spain.

Keywords: Catalonia, Spain, ethnic nationalism, racism, language, territory.

A nadie que tenga dos dedos de frente se le escapa esta obviedad: la secularización de nuestras sociedades no ha sido más que una pura ilusión. El abanico de supersticiones parece abrirse sin fin. Entre toda esta oferta, hoy sobresale con fuerza el nacionalismo catalán.

Lo más cómodo sería adherirse a la psicología de las masas, enarbolar las banderas y corear los cánticos de un rebaño enfervorizado. Todos sabemos que, como sucede en los grandes conciertos o en los campos de fútbol, esas situaciones provocan una sensación agradable, de protección, de seguridad, de pertenencia a algo que nos trasciende. Lo mismo puede decirse de los musulmanes dirigiendo sus rezos a la Meca o de los judíos pegándose porrazos contra el muro. Se trata de una sensación mística; la desintegración del sujeto en un ente superior, trascendental. En este caso, la nación imaginada se convierte en la «válvula de escape» de todas las frustraciones personales y colectivas. Luchar contra esto es el suicidio social, la marginación y el repudio completo de tus vecinos. En este sentido, el individualismo filosófico quizá todavía tenga algún mérito. Como los héroes de las tragedias modernas estamos condenados a perder siempre socialmente, pero nos queda la «victoria moral», el fetiche de la verdad.

Pues bien, como no creo demasiado en la comodidad y sí en cambio en la lucha ininterrumpida, me veo en la obligación de desmentir algunas de las falacias que —con el debido lavado de cerebro previo— se han tragado tantos y tantos catalanes. Los nacionalistas se nutren de un historicismo perverso, tergiversan los hechos históricos a su antojo para así dar una base sólida a sus delirios actuales. Un caso palmario lo hallamos en la celebración del 11 de septiembre, la «diada nacional de Cataluña». Por doquier (televisión, redes sociales, prensa, en la calle, etc.) se nos quiere persuadir de que hoy Cataluña celebra la pérdida de sus antiguas libertades, arrasadas éstas por la opresión y el odio de los malvados españoles. Pero esto, además de un descarado anacronismo, es una falsedad. Como ya he reiterado en varias ocasiones, no todos los «catalanes» eran proaustracistas en 1714, así como no todos los «españoles» eran proborbónicos. Pero es que además, ambos luchaban por su modelo de gobernabilidad de la Monarquía hispánica y por mantener ese Imperio colonial del que tanto se beneficiaron y se beneficiarían los comerciantes de todos los pueblos de España —incluidos, y especialmente, los catalanes. No fue una guerra de secesión: fue una guerra de sucesión que no cuestionaba la forma de Estado, es decir, que no cuestionaba la Monarquía hispánica. En palabras del resistente catalán Villarreal: «Por nosotros y por toda la nación española combatimos». Cierto es que con la victoria de Felipe de Anjou en la contienda sucesoria salieron peor parados los que habían luchado en su contra (pero ¿y qué esperan?). En Cataluña, con la implantación de la Nueva Planta, se suprimieron fueros e instituciones consuetudinarios. Los nacionalistas argüirán que eso demuestra el secular odio que los españoles han sentido hacia los catalanes. Pero hablar de la Cataluña del Setecientos desde una óptica presentista resulta ser cuando menos un error garrafal. Hay que entender las imposiciones borbónicas (ino sólo en Cataluña!) desde un contexto más amplio. Las medidas políticas y económicas de racionalización puestas en práctica por la nueva dinastía resultaban imprescindibles para poder seguir el compás en el concierto internacional. De hecho, las reformas llevadas a cabo en la Monarquía hispánica habían encontrado su inspiración en las ideas ilustradas que impregnaban toda la atmósfera europea. Ideas como «progreso» o «felicidad», entre otras, eran esenciales en los programas de los monarcas reformistas. Ya en el siglo xvii hallamos antecedentes en los intentos de «modernizar» España en los programas de Felipe IV, pero sobre todo, del célebre Conde-duque de Olivares (1). No hace falta recordar aquí que el famoso progreso era el progreso de la burguesía ascendente, de los capitalistas. Sin embargo, como ya advirtió Marx en su visión teleológica de la historia, este modelo de racionalización política y económica era ineludible. La conveniencia de propulsar el castellano en Cataluña también hay que incardinarla en esta

dinámica: el castellano como la lengua culta, oficial y unitaria que representaba (simbólicamente) la pertenencia a una entidad política común y superior (la Monarquía hispana) era, en parte, expresión de lo que en aquella época se entendía por «modernidad» y «progreso». La lengua vernácula, sin embargo, siguió hablándose sin problemas en convivencia con el castellano, lengua ésta última que fue ganando terreno progresivamente, «no tanto — señala Roberto Fernández— a causa de las imposiciones borbónicas a favor del castellano (1714, 1768), sino más bien por el prestigio alcanzado por la lengua de Cervantes y por la propia decisión de las clases cultas y dirigentes catalanas ante la realidad de un mercado común español (peninsular y colonial)» **(2)**. Cualquier persona que se digne a consultar estudios historiográficos serios sobre la Cataluña del siglo xviii podrá comprobar que, pese a ser disueltas las tradicionales constituciones regionales, el cambio de dinastía no acarreó perjuicios significativos. Es más, incluso podemos afirmar que sucedió todo lo contrario: el Principado experimentó un crecimiento económico, social y cultural como nunca antes **(3)** (un indicador: a finales de siglo la población catalana casi se había duplicado). La cuestión lingüística, como ya he dicho, quizá se vio perjudicada, aunque más en su vertiente literaria y culta que en su uso social. Hay que decir que el mérito de este crecimiento debe buscarse en la propia sociedad catalana, pero no sólo en la sociedad catalana. Las medidas tomadas por el Estado ampararon y propiciaron ese crecimiento (isería un perjuicio y una imbecilidad por parte de la Monarquía querer hundir a Cataluña y a los catalanes!). Citando de nuevo a Fernández: «las disposiciones sobre la supresión de aduanas, la eliminación del concepto de extranjería que convertía a los catalanes en plenamente españoles (con las ventajas consiguientes frente a los comerciantes foráneos), las medidas monetarias que consiguieron la estabilización y la defensa del sistema monetario hispano hasta la crisis de 1808, las diversas realizaciones en infraestructuras, la supresión de la tasa del grano, las sucesivas medidas liberalizadoras del comercio colonial y la protección de la industria española a través de medidas arancelarias prohibicionistas, favorecieron a la dinámica economía catalana al posibilitarle un mayor flujo de personal y de mercancías (propias o de importación) hacia el resto de la península y hacia los dominios americanos [...] Incluso no resulta exagerado afirmar que el catastro fue más bien benéfico para el conjunto de la economía al permitir una mayor acumulación de capital gracias a la progresiva distancia entre un cupo inalterable y una riqueza ciudadana en aumento, aunque valga también la afirmación paralela de que lo fue antes para las zonas prósperas que para las menos avanzadas, para las rentas del capital que para las rentas del trabajo. Y tampoco hay que olvidar que por vez primera la nobleza y los eclesiásticos hubieron de pagar por sus propiedades (hecho que no parece que les hiciera mucha ilusión), a pesar de lo cual el catastro no contribuyó a rebajar de manera significativa las distancias entre las gentes más ricas y las menos pudientes» **(4)**.

Los datos son muy amplios y están sujetos a múltiples interpretaciones y matices, bien que lo sé. Sin embargo, existe otro terreno mucho más pantanoso: los debates que ocupan a insignes académicos y políticos respetables sobre «lo que pudo haber sido y no fue». Estos «filoaustracistas» están totalmente convencidos de que el mantenimiento de las instituciones políticas de los Austrias nos habría llevado directamente a una España confederal, verdaderamente democrática y moderna. Cuando un historiador escribe esto está realizando una historia contrafactual, es decir, una historia falsa por definición. Pero no menos grotescos son aquellos nacionalistas que se arrepienten y lamentan que la historia no tomase el rumbo que a ellos les hubiese gustado. De hecho, desde un punto de vista lógico, siempre me ha parecido absurdo arrepentirse de lo que pudo ser y no fue, de lo que nunca existió. Uno puede arrepentirse de lo que ha hecho, pero me resulta un tanto extraño arrepentirse de lo que no ha tenido lugar: es arrepentirse de un fantasma, de una ilusión. Partiendo de que ni el llamado

pactismo austracista ni el absolutismo borbónico estaban compitiendo consciente y deliberadamente por liderar un supuesto progreso o una supuesta modernidad (tal como lo entendieron los herederos de la Ilustración o nosotros mismos), a mi modo de ver, las proclamas nacionalistas constituyen un atraso verdaderamente tremendo. En lugar de abrazar los propósitos universalistas y emancipadores del socialismo **(5)**, estos individuos vuelven a meter la cabeza dentro de la caverna reivindicando sus particularismos lingüísticos, jurídicos y políticos. En definitiva, su supina idiotez. Me parece que no es sólo —o no del todo— una opinión subjetiva el decir que las reformas absolutistas supusieron un considerable avance y una mejora en relación a ese caos territorial y administrativo de época medieval. Sin embargo, los «neofeudalistas» **(6)** anclados y empapados hasta las trancas de un romanticismo decimonónico de lo más reaccionario siguen alabando las «bondades democráticas» de ese período y reclamando los privilegios perdidos. No obstante, no deberían olvidar que aquellas instituciones «democráticas» no estaban exentas de clientelismo, actitudes oligárquicas y corrupción (como, por otro lado, sucedería en el sistema borbónico y sigue sucediendo hoy en nuestras democracias homologadas). Tampoco debiéramos olvidar quiénes controlaban esas «democráticas» instituciones. El Consell de Cent, en manos de la élite burguesa de Barcelona; la Generalitat, donde quienes más peso tenían eran el clero, la nobleza y otras oligarquías urbanas; y las Cortes, con relativa representatividad, con un predominio de las clases privilegiadas del brazo militar y eclesiástico, así como otras oligarquías locales. Bonita democracia ésta.

Pero dejemos ahora la historia y vayamos a otro tema no menos importante. Un tema de presente y de futuro. El auge del nacionalismo-separatismo en Cataluña durante estos últimos años es un hecho palpable. Los sujetos intoxicados son impermeables a cualquier argumento que ponga en tela de juicio sus sagrados dogmas. Cuando alguno de ellos se dispone a discutir contigo te das cuenta que la batalla está perdida de antemano. Es bien sabido que en lógica o en matemáticas, pero también en otro tipo de construcciones, cuando se parte de unas premisas —o axiomas— toda la argumentación posterior está sujeta a ellas. Si se aportan premisas falsas, el resultado no puede ser la verdad. Muchos independentistas (iparadójicamente!) hablan de España como si fuera un país vecino. Partiendo de esta falsa premisa, todo lo que venga a continuación va a sonar de lo más coherente: «¿por qué tenemos que pagar a los españoles?», «¿Por qué nos roban?», «¿Por qué nos invaden?», etc. Asimismo no comprenden el concepto de «solidaridad económica», pues para ellos contribuir al fisco de España es como dar dinero a Mozambique o a Nicaragua, una cosa absurda, por supuesto. Pero lo cierto es que más allá de su idealismo histórico formamos parte de una unidad política, histórica y cultural más amplia llamada España. Otros dirán: «¡Cataluña genera más riqueza que la recibida!». Gran parte del importante tejido empresarial de España se halla en Cataluña y es lógico que genere más riqueza, pero estoy persuadido de que es justo que los que más tengan más contribuyan al esfuerzo fiscal. Del mismo modo que individualmente cada persona debe pagar más o menos en función de su renta. Como decía un compañero, si no quieren que sus impuestos vayan destinados a otras regiones españolas, siguiendo este razonamiento, una persona que cobre 2.000 euros al mes también podría negarse a pagarle las becas a alguien que cobra 1.000. Como se puede observar, este tipo de argumentos nos llevan al egoísmo y al individualismo más péfido. Hay que decir, además, que Cataluña no es la única comunidad que aporta más de lo que recibe.

El nacionalismo se nutre de la ignorancia del pueblo para conseguir sus fines, y en este sentido el pueblo es cómplice. Hay una parte considerable de nacionalistas que son verdaderamente espantosos, sobre todo los más jóvenes (en su mayoría modernillos gafapastas que se dedican a realizar lipdubs y que escriben en catalán de un modo que viola el cadáver de Jacinto

Verdaguer). No puedo evitar compartir este mensaje —como botón de muestra— con el que me han avasallado por todos los medios:

"Vaig néixer on es diu "què collons passa?!", on es mengen mongetes amb botifarra, allioli, cargols, pà amb tomàquet, on es beu Cava, Vichy Catalán, Aigua del Montseny, on diem "no fotis!?!", on hi ha grans monuments i passegem gegants al so de la música, on fem torres humanes que van directes al cel, on La Patum és més que una festa, on va néixer la Sardana, on de fer cops de bastons en fem una dansa, on a més hi ha una llengua pròpia i a on la gent és de puta mare!! Vaig néixer a Catalunya, sóc català fins la mèdul·la i els catalans sempre presumim de ser d'on som, collons!!! Aquest missatge de difusió val la pena, per tant si et sents orgullós de ser català, copia, enganxa i passa'l!"

Los argumentos son sólidos: con el orgullo, cuatro elementos folclóricos y una lista de irritantes **(7)** de lo más idióticos ya podemos montar el chiringuito del nuevo Estado catalán. Eso sí, para ir —como buenos orteguianos— directos al club europeo, porque como es bien sabido «España es el problema, Europa la solución». España, con su capital en Mordor (digo... en Madrid), representa el atraso histórico, mientras que Europa es el progreso y la modernidad en colores, of course. Sin embargo, la independencia es una cosa y la integración en la Unión Europea otra muy distinta; lo segundo no viene simultáneamente con lo primero. El proceso de integración en la Unión Europea no es tan simple, puesto que se han de dar varios factores: el reconocimiento como Estado por parte de todos los Estados miembros, voto unánime en el Consejo, el voto del Parlamento europeo, etc. Pero al margen de estos detalles técnicos, señalemos someramente las oscuras vinculaciones que existen entre el nacionalismo catalán y Europa. La Unión Europea, entendida como la Europa de los Pueblos o de las naciones, es una idea netamente nazi. Sugiere que poco a poco los Estados —meras superestructuras artificiales— tenderán a desaparecer o quedarán relegados en un segundo plano, destilando así lo más genuino, lo más puro y natural de cada uno, esto es, las etnias y las naciones integradas en esa Europa de los pueblos, cuyo pueblo dominante sería, desde luego, el germánico. No estoy afirmando que vayamos hacia esto, pero existe un trasfondo evidente. Cuando escucho reiteradamente de la boca de los nacionalistas lemas del tipo «Som i serem! Visca la terra!», no puedo evitar advertir en esas palabras una pátina heideggeriana y hitleriana. El nacionalismo catalán, consciente o inconscientemente, adhiere esa idea metafísica de cultura que tiene sus raíces en el idealismo alemán de Herder, pero básicamente en Fichte y en Hegel. También hay máculas similares en las definiciones de cultura de autores como Windelband, Rickert, Frobenius o Spengler **(8)** Con todo, se cae en lo que Gustavo Bueno llamó «mito de la cultura» **(9)**. El nacionalismo catalán sobreentendiendo su cultura como un espíritu envolvente (como «cultura objetiva»), pero tal y como señala Alberto Luque: «no existe ninguna cultura pura, como no existe ninguna lengua pura, perfecta e invariable, ni raza alguna pura e inalterable, y ni tan siquiera ninguna "humanidad" definitiva. De no comprender el carácter dialéctico y evolucionista de la cultura, de la "naturaleza humana" —y de todo lo que involucra: los sistemas políticos, las lenguas, los conocimientos científicos, la organización y propósitos pedagógicos, las leyes, etc.— proviene la actitud absurda, y socialmente tan peligrosa, de los fanáticos, sean los clérigos con su defensa del alma colocada arbitraria y misteriosamente en un feto, sean los nacionalistas con su defensa de una sustancia espiritual a la que llaman "cultura" y que, ya lo he dicho, es como la Gracia o el Espíritu Santo secularizados, sean los nazis con su Ur-Varterland o sus Blut und Boden, sean los ecologistas con su rousseauniano espíritu de la naturaleza, etcétera, etcétera» **(10)**.

Lo más esquizofrénico del asunto es que la gran masa social que sigue los dictados del nacionalismo catalán cree hablar desde la izquierda.

En resumidas cuentas —y tirando de sarcasmo y escarnio—, hoy es un día triste para mí porque conmemoro la brutal masacre que cometieron los españoles contra mi libre y querida patria (yo no había nacido hace trescientos años, pero qué más da, me duele y me afecta como si hubiese sido ayer mismo). Desde entonces hemos sido oprimidos por un país extranjero, viviendo en una misérrima e insoportable situación. Voy a poner las noticias, a ver cuánta sangre y cuántos cadáveres ha dejado a su paso el malvado régimen represor en la multitudinaria manifestación de hoy [11-09-2012].

Notas:

(1) Cf. ELLIOT, J.H., *El conde-duque de Olivares*, Barcelona 1991.

(2) FERNÁNDEZ, R, «Cataluña y el absolutismo borbónico», en R. Franch (ed.), *La sociedad valenciana tras la abolición de los fueros*, Valencia, 2009, pp. 302-303.

(3) Cf. el brillante texto de MARTÍNEZ SHAW, C, «La Cataluña del siglo xviii bajo el signo de la expansión», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo xviii: Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, 1985, pp. 55-131.

(4) FERNÁNDEZ, R, op. cit., pp. 259-360.

(5) No es este el lugar para especificar a qué clase de socialismo se hace referencia, pues como es bien sabido, socialismo «se dice de muchas maneras».

(6) Cf. ARMESILLA, S., «El neofeudalismo», en *El Catoblepas*, nº 72, 2008.

(7) Ogden y Richards llamaron «irritantes» a los términos sin verdadero significado denotativo, pero con una gran carga de significaciones emocionales, irracionales.

(8) RICKER, H., *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, 1922; L. Frobenius, *La cultura como ser viviente*, Madrid, 1934; O. Spengler, *La decadencia de Occidente*, Madrid, 1926. A.L. Kroeber, «Lo superorgánico», en J.S. Kahn (comp.), *El concepto de cultura: Textos fundamentales*, Barcelona, 1975.

(9) BUENO, G., *El mito de la cultura*, Barcelona, 1996.

(10) LUQUE, A., «La posmodernidad: ¿moda ideológica o cambio sociocultural?», en *La Construcció Europea: Societat, Cultura, Dret i Educació*, Lleida, 2006, p. 47.

Bibliografía:

ELLIOT, J.H., *El conde-duque de Olivares*, Barcelona, 1991.

FERNÁNDEZ, R, «Cataluña y el absolutismo borbónico», en R. Franch (ed.), *La sociedad valenciana tras la abolición de los fueros*, Valencia, 2009.

MARTÍNEZ SHAW, C, «La Cataluña del siglo xviii bajo el signo de la expansión», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo xviii: Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, 1985.

ARMESILLA, S., «*El neofeudalismo*», en *El Catoblepas*, nº 72, 2008.

RICKER, H., *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, 1922

FROBENIUS, L., *La cultura como ser viviente*, Madrid, 1934;

SPENGLER, O., *La decadencia de Occidente*, Madrid, 1926.

KROEBER, A.L., «*Lo superorgánico*», en J.S. Kahn (comp.), *El concepto de cultura: Textos fundamentales*, Barcelona, 1975.

BUENO, G., *El mito de la cultura*, Barcelona, 1996.

LUQUE, A., «*La posmodernidad: ¿moda ideológica o cambio sociocultural?*», en *La Construcció Europea: Societat, Cultura, Dret i Educació*, Lleida, 2006.